

Prólogo

*Casa Harlowe, Hertfordshire, Inglaterra
Noviembre de 1737*

*E*l cielo derramaba sus lágrimas de otoño, perfectas para enterrar a los muertos. Gwyneth Owens agradecía que las costumbres prohibieran a las mujeres asistir al entierro, porque le habría sido imposible simular serenidad mientras ponían a su padre bajo la tierra mojada.

Como siempre, fue a buscar refugio en la biblioteca de lord Brecon. Robert Owens, su padre, había sido el bibliotecario casi treinta años, y ella se había criado entre esos preciados libros.

Pasó ligeramente las yemas de los dedos por los lomos de piel labrada y los títulos estampados en oro de la sección memorias de viajes. Su padre siempre le decía que una mente bien amueblada es a prueba de soledad. Esperaba que tuviera razón, porque en esos momentos necesitaba ese consuelo.

Mientras iba avanzando a lo largo de la pared sur, vio su imagen reflejada en el espejo de encima de la repisa del hogar. Al instante desvió la vista, para no ver su figura excesivamente alta ni su pelo de color chillón tan poco elegante. Qué lástima no haber heredado ni el poder de su padre ni la belleza de su madre.

Tal vez salir a cabalgar a todo galope por las colinas de Harlowe le calmaría ese angustioso desasosiego, pero eso no era posible, pues-

to que muy pronto la llamarían al salón de abajo para actuar de principal doliente en la solemne ceremonia que se celebraría en honor de su padre. Por el momento necesitaba una actividad, por lo que giró la llave y abrió la puerta que daba a la galería que albergaba la biblioteca secreta y el despacho de su padre.

Una leve, casi imperceptible, sensación de energía revoloteó por su piel cuando entró. La larga sala de cielo raso elevado contenía la mejor colección de libros y manuscritos de magia de Gran Bretaña. Esos libros representaban también la historia y la sabiduría de las antiquísimas familias de Custodios de las Islas Británicas.

Custodios se llamaba el clan de su padre. Seres humanos, pero dotados de poderes mágicos, vivían entre la gente común y corriente desde épocas inmemoriales practicando clandestinamente su magia. A ella la habían educado como custodio gracias a la sangre de su padre, aunque no tenía ningún poder. Agradecía formar parte de las «familias», ya que en ellas las mujeres tenían un grado de igualdad con los hombres inaudito entre la gente corriente. Esa costumbre se había ido estableciendo desde los primeros tiempos, ya que en el reino de la magia las mujeres poseían poderes que igualaban o superaban a los de los hombres.

Los custodios debían su nombre al juramento que hacían todos de emplear sus poderes para proteger y servir a sus prójimos al máximo de sus capacidades. Debido a esta misión, veneraban la historia, con la esperanza de que esta les impidiera repetir los errores del pasado.

De tanto en tanto, sí lo impedía.

En calidad de Guardián de las Tradiciones, el conde de Brecon era el responsable de esos preciosos libros y manuscritos. A los seis años ella había empezado a ayudar a su padre en el cuidado y mantenimiento de los libros. Su primera tarea fue quitarles el polvo, sosteniéndolos y manejándolos con sumo cuidado, como si fueran de porcelana fina. Después aprendió a copiar en pergaminos nuevos los textos de pergaminos en vías de desintegración, y aprendió los secretos de la conservación.

Pesarosa, contempló los armarios, pensando cuánto echaría de menos los libros si se marchaba de esa casa. Dada la importancia

de la colección, muy pronto tendrían que nombrar a un nuevo bibliotecario, por lo tanto debía preparar el cambio recogiendo las cosas personales de su padre.

Por lo menos no la arrojarían al mundo sin un céntimo; los custodios cuidaban bien de los suyos. En algún lugar le encontrarían un puesto a la sosa hija de Robert Owens. Con suerte, ese puesto sería en Harlowe, el único hogar que conocía. Algo más que eso, no se atrevía a esperar.

Emitiendo un suave sonido felino, Athena, su regordeta gata, saltó sobre el escritorio y se echó allí hecha un ovillo. Consolada por la presencia de la gata, Gwynne se instaló ante el escritorio de su padre y comenzó a revisar los cajones en busca de sus objetos personales. Mantenerse ocupada era esencial si no quería sumirse en lamentos por el pasado o cavilaciones por su futuro.

Cerró los ojos para contener las lágrimas que le brotaron cuando vio el medallón de su madre en el pequeño cajón del medio. Dentro del medallón ovalado estaban los retratos en miniatura de sus padres el día de sus esponsales. Se veían jóvenes y muy enamorados. Sin duda su padre guardaba ahí el medallón para mirar el retrato de su mujer y soñar con épocas más felices.

Hombre reservado y erudito, Robert Owens había llevado una vida tranquila en la casa Harlowe. Su único acto de rebeldía fue casarse con Anna Wells en contra de los deseos de las dos familias. La familia de ella la desheredó, mientras que los Owens aceptaron el matrimonio, aunque a regañadientes. A los custodios se les aconsejaba casarse entre ellos, y Anna era una persona corriente. Aunque hermosa y de natural dulce, no tenía ni un ápice de magia en su alma.

Pero el matrimonio fue feliz, y la muerte de Anna de una fiebre hacía dos años dejó destrozada a su pequeña familia. Y ahora que Robert acababa de morir, ella quedaba sola. Qué pena no tener ni hermano ni hermana para compartir el dolor.

El último cajón ya estaba casi vacío cuando se abrió la puerta. El golpeteo de un bastón en el suelo le indicó que se acercaba Emery, lord Brecon. Se levantó al ver su delgada figura espléndidamente ataviada. Alto y distinguido, tenía el pelo tan abundante y naturalmen-

te blanco que no necesitaba empolvárselo. El conde era el centro en torno al cual giraba Harlowe. Su cortesía y erudición eran legendarias, y siempre había sido bondadoso con la niñita a la que le gustaban los libros. Al verla, él dijo en voz baja:

—Ya está, querida mía.

—Ahora mis padres están juntos y en paz —dijo ella.

Mientras decía eso, la verdad de sus palabras resonó en su interior. De vez en cuando tenía relámpagos de conocimiento absoluto, su única traza de poder custodio, que no era lo mismo que llamar a los vientos, ver el futuro o curar a los enfermos.

—A los dos nos aguardan en el salón azul, pero espero que no te importe si descanso aquí un rato antes que bajemos. Soplaban un viento frío.

El conde se sentó cansinamente en el sillón de orejas de piel junto al fuego de carbón.

—Me alegra la lluvia. Un día hermoso habría estado mal para un funeral.

—No hay días buenos para un funeral —dijo él. Su mirada se posó en el cesto de mimbre que ella había llenado con la variopinta mezcla de apuntes y objetos de su padre—. Has sido diligente, veo. La biblioteca quedará más pobre cuando te marches.

O sea, que la iban a enviar lejos. La conmoción que le produjo oír eso la impulsó a atreverse a hacer una petición que era la única posibilidad de lograr hacer realidad su sueño secreto:

—Siempre me ha gustado trabajar en la biblioteca. En realidad, milord, tenía... tenía la esperanza de que me dejara aquí para hacer de bibliotecaria en lugar de mi padre. Aunque no tengo su educación formal, él me enseñó bien. He trabajado con libros toda mi vida. Mi padre decía que nadie era mejor que yo para la conservación, y escribo con buena letra cuando copio los manuscritos frágiles. O si no en el puesto de bibliotecaria, ¿tal vez podría continuar aquí como ayudante?

—Sólo tienes diecisiete años, hija —dijo el conde, sorprendido—. Eres demasiado joven para enterrarte entre libros. La vida hay que vivirla, además de estudiarla entre páginas polvorientas. No te casarás nunca si tu galán no logra encontrarte.

Ella casi se rió a carcajadas. Seguro que su señoría nunca la había mirado detenidamente si la creía apta para casarse. No poseía ni fortuna ni belleza, y pocos de los muchachos de la localidad habían notado siquiera su existencia.

—No he conocido a ningún joven que me interese tanto como un buen libro o un buen caballo, milord.

Él frunció sus espesas cejas.

—Había pensado tener esta conversación después, pero al parecer este es el momento. ¿Qué planes y deseos tienes para tu futuro?

Ella alzó un poquitín el mentón.

—Nada está fijado aún, pero no se preocupe, no me quedaré aquí para ser una carga.

—Como si pudieras serlo. Harlowe es tu hogar, Gwynne, y siempre eres bienvenida aquí. Aunque si prefieres marcharte...

—Un primo de mi padre me escribió hace poco para ofrecerme su casa. —Titubeé un momento y al fin optó por ser sincera, puesto que eso decidiría su futuro—. No me importa trabajar para mantenerme, pero prefiero ayudar al nuevo bibliotecario aquí a ser una niñera sin sueldo de los hijos de mi primo.

—Mereces mucho más que ser una criada o enterrarte en libros. —Los ojos azul claro la contemplaban con incómoda intensidad—. Aún no estás preparada para casarte. Es demasiado pronto.

Captando el sentido más profundo de sus palabras, ella le preguntó ilusionada:

—¿Ha visto mi futuro?

—Sólo en sus aspectos generales. Tu camino está nebuloso, con muchas posibilidades. Pero tanto mi hermana Bethany como yo presentimos que te aguarda un magnífico destino. Magnífico y difícil.

Un magnífico destino.

—¿Cómo puede ser cierto eso cuando no tengo ningún poder?

—El destino es muy independiente del poder. Personas corrientes sin una partícula de magia han hecho la mayor parte de la historia del mundo. Y no es que carezcas de magia, Gwynne. Igual que una rosa de invierno, simplemente eres lenta en desarrollarte.

—Espero que tenga razón, milord.

Cerró los ojos un momento para contener las lágrimas que tenía

tan a punto de brotar ese día. Cuando era niña soñaba con ser una fabulosa maga, poseer magia. Desde que se hizo mujer cada día despertaba ansiosa por ver si había germinado el poder en ella, pero siempre en vano. Sólo tenía el tipo de intuición de la que puede alardear cualquier persona corriente.

—Con o sin magia eres un ser excepcional y precioso. Nunca olvides eso.

Ya pasados los setenta años, él idealizaba a la juventud, supuso ella. Pero sus palabras la consolaron.

—Usted me ha enseñado que toda vida humana es excepcional y preciosa, custodios y gente corriente por igual. No lo olvidaré.

Él entrelazó los dedos sobre la empuñadura dorada de su bastón, con el entrecejo fruncido, con una expresión indecisa que ella nunca le había visto.

—Hay una posibilidad que no se me va de la cabeza por mucho que trate de desecharla. A primera vista parece absurda, y sin embargo me parece correcta.

La idea de que el señor de Harlowe hubiera estado pensando en ella y en su futuro le resultó gratificante.

—¿Sí? —preguntó, alentadora.

—He pensado en la posibilidad de pedirte que seas mi esposa.

Ella retuvo el aliento, muda de asombro.

—La idea te horroriza —dijo él, sonriendo irónico—. Y bien que debe. Nos separan más de cincuenta años. Un matrimonio entre nosotros sería escandaloso. Las mujeres me despreciarían por aprovecharme de tu inocencia. Muchos hombres me envidiarían, y con razón. Si la idea te repugna...

Se apoyó en el bastón para levantarse y ella cayó en la cuenta de que se sentía avergonzado, incluso inhibido. Se apresuró a detenerlo con un gesto:

—¡No! La idea es sorprendente, pero no... nada repugnante. —Miró su conocida cara con otros ojos, sorprendidos—. Usted ha sido como el sol, las estrellas y los cielos sobre Harlowe, y yo no más que un gorrión. Me cuesta creer que no esté bromeando.

—Esto no es broma. Necesitas aprender algo más del mundo antes que el destino te coja. —Volvió a pasar las manos por su bastón—.

No sería un matrimonio convencional. No viviré muchos años más, así que pronto serías una viuda joven, rica e independiente.

Ella pensó en los tres hijos adultos del conde. Eran simpáticos con ella como miembro sin importancia de la casa, pero la idea de la joven Gwynne Owens como su madrastra era francamente ridícula.

—Me imagino que sus hijos pondrán objeciones a que se vuelva a casar. Lo considerarán un insulto a su madre, y les ofenderá cualquier legado que pudiera dejarme.

—Sigo siendo el señor de la casa Harlowe y puedo hacer lo que quiera —dijo él secamente—. Pero una vez que haya hablado con ellos no pondrán objeciones. Casarme contigo serviría a los intereses de los custodios, si tú estuvieras dispuesta a aceptarme.

Ella trató de ocultar su desilusión.

—¿Me propone matrimonio porque es su deber hacia las familias, lord Brecon?

—Si bien prepararte para tu destino beneficia a nuestra gente, podría hacer eso sin casarme contigo. Yo siempre... he encontrado un inmenso placer en tu compañía, Gwynne —dijo, titubeante—. Los años transcurridos desde la muerte de Charlotte han sido solitarios. Tu inteligencia, afecto y bondad serían mucho más de lo que merece un anciano. Me sentiría muy honrado y agradecido si aceptaras ser mi esposa.

Lo decía en serio, comprendió ella. Ese hombre maravilloso, poderoso y sabio deseaba sinceramente que ella se casara con él. Por primera vez en su vida sintió la presencia del poder, no del poder de la magia sino del poder mucho más antiguo de una mujer para agradecer a un hombre.

Radiante de placer, se levantó y le tendió las manos.

—El honor que me hace supera todo lo que podría haber imaginado en mi vida, milord. Si de veras lo desea, estaré feliz de ser su esposa.

Con una sonrisa que a ella le quitó el aliento, él le cogió las manos.

—Esto es correcto para los dos, Gwynne, lo sé.

Ella también lo sabía, con una certeza que trascendía la razón. Impulsivamente levantó las manos de los dos unidas y depositó un

beso en los dorsos de sus nudosos dedos. Ya la entristecía saber lo corto que sería el tiempo que estarían juntos. Pero ella se encargaría de que él no lamentara su decisión.

El destino podía cuidar de sí mismo. Por ahora ella se consagraba a ser una buena esposa.

PRIMERA

PARTE



El Señor del Trueno

..... Capítulo 1

*Richmond, Inglaterra
Verano de 1745*

Duncan Macrae hizo una honda inspiración, aspirando embelesado los embriagadores aromas del verano. Llegado a Londres sólo la noche anterior de un larguísimo y laborioso viaje por el Continente, habría preferido pasar todo el día durmiendo, pero su amigo lord Falconer no había parado de insistir en llevarlo a Richmond. Ya allí, estaba contento de haber ido.

Mientras daban la vuelta a la esquina de la mansión de la anfitriona, paseó la mirada por las mujeres ataviadas con magníficos vestidos que paseaban por la hierba verde esmeralda coqueteando desenfadadamente con caballeros de trajes más magníficos aún.

—Las damas de Londres son como un ramo de flores exóticas —comentó.

Simon Malmain sonrió perezosamente.

—No encontrarás mujeres tan exquisitas en esas salvajes montañas escocesas tuyas.

—Las muchachas escocesas son igualmente hermosas y con mucho menos artificio. —Duncan miró el cielo—. Lady Bethany eligió bien su día. Inglaterra en su mejor aspecto.

—Como sabes, tiene algo de sangre Macrae. La suficiente para elegir siempre un hermoso día para sus fiestas a pesar de nuestro varia-

ble tiempo inglés. —Alisó amorosamente una arruguita de la manga de su chaqueta de brocado azul—. Si hubiera amenazado lluvia no me habría puesto esta chaqueta nueva. Me costó condenadamente cara.

Duncan sonrió. Su amigo imitaba tan bien los modales de un petimetre que incluso él, que lo conocía desde la sala de estudios de los niños, a veces tenía dificultad para recordar que era el mago más peligroso de Gran Bretaña, con la excepción tal vez de él mismo.

—¿Dónde está lady Bethany? Debo ir a presentarle mis respetos a nuestra anfitriona. Hace años que no la veo.

Simon se hizo visera con la mano para buscarla entre los grupos.

—Ahí, en ese mirador.

Los dos echaron a andar hacia la anfitriona. Duncan miró con interés las mesas llenas de refrigerios, pero comer debía esperar; primero los buenos modales. Mientras se acercaban al mirador oyó la música que estaba tocando un cuarteto de cuerda dentro del mirador, una música tan alegre como el día.

—Cuesta creer que sobre Gran Bretaña se cierne la sombra de una guerra —comentó en voz baja.

—Por eso estás tú aquí —repuso Simon, también en voz baja—. Y ese es el motivo de que yo y otros hayamos pasado tanto tiempo en Escocia. El futuro no está fijado. Si los custodios construimos bastantes puentes entre nuestras naciones, tal vez se pueda evitar la guerra.

—Tal vez —dijo Duncan—, pero los escoceses y los ingleses llevan siglos luchando, y esos malditos hábitos no se abandonan fácilmente. —Miró de soslayo a su amigo—. La primera vez que nos vimos, los dos hicimos todo lo posible para dejar al otro inconsciente.

—Sí, pero eso no se debió a que tú fueras un bárbaro escocés —replicó Simon sin perder un segundo—. Yo te odié porque te trajeron a la sala de estudio durante mis clases y al instante demostraste que tu griego era mejor que el mío.

Duncan sonrió irónico recordando ese primer encuentro.

—Supongo que eso es mejor que odiarnos por nuestras nacionalidades.

El grupo al que se iban acercando estaba formado por varios hombres y mujeres que rodeaban la redondeada figura y los cabellos

plateados de lady Bethany Fox. Aunque setentona, la dama conservaba la postura y la delicada estructura ósea que toda su vida la habían hecho una aclamada beldad. Era una apasionada jardinera, una abuela amorosa y la bruja más poderosa de Gran Bretaña.

En ese momento lady Bethany se rió por algo que le dijo la mujer que estaba a su lado. Duncan desvió la mirada y paró en seco, cautivado por la acompañante de lady Beth. Alta y elegante, llevaba un vestido color crema de corte recatado, pero ese decoroso vestido no lograba disfrazar un cuerpo de generosas proporciones y voluptuosas curvas, diseñado para volver locos a los hombres. Como si eso no fuera lo bastante seductor, su papalina de paja favorecía su rostro de rasgos clásicos que resplandecía de humor e inteligencia. Esa era una mujer peligrosa.

—Dios santo —exclamó, al tiempo que sonaba un trueno en la distancia—. Helena de Troya.

—¿Qué has dicho? —Simon siguió su mirada—. Ah, lady Brecon. Es una joven hermosa, pero ¿arrojar al agua mil barcos? Me parece que no. Unos cinco o seis como mucho.

—Diez mil barcos. Más. Es como una antigua hechicera cuya mirada podía llevar a la locura a los hombres. —Duncan agradeció que ella no hubiera notado su devoradora mirada; en toda la plenitud de su feminidad, era tan atractiva que él no habría podido desviar la vista ni aunque en ello le fuera la vida—. ¿La esposa de lord Brecon, dices? Tiene buen gusto el conde.

—No es la esposa del actual Brecon, sino la viuda del anterior. Estabas en el Continente cuando se casaron, y el matrimonio produjo un cierto escándalo, ya que ella sólo tenía diecisiete años y Brecon más de setenta. Parece ser que era una muchacha bastante feúcha en ese tiempo.

—¿Feúcha? —Duncan la vio volver la atención a un joven dandi vestido todo de brocado y de expresión lánguida. El contorno puro de su cuello lo hipnotizaba, y su luminosa piel suplicaba caricias—. ¿Ella?

—El matrimonio la embelleció, un marido rico suele tener ese efecto. Pero ella y Brecon parecían quererse mucho.

Típico de Simon estar al tanto de todos los cotilleos. Rídiculamen-

te contento por saber que era viuda, Duncan trató de recordar la fecha de la muerte del quinto lord Brecon. Poco más de un año, pensó.

—Debe de tener una legión de pretendientes ahora que ha terminado su luto.

—Tiene muchos admiradores, yo entre ellos, pero nunca la he visto favorecer a ninguno en particular. —Simon lo miró con una ceja arqueada—. Nunca te había visto así desde aquella vez que fuimos a la feria equina de los gitanos y viste ese pío cazador.

Su amigo tenía razón, pensó Duncan. Tenía dieciséis años cuando vio ese caballo y su reacción fue la misma que acababa de tener al ver a lady Brecon: Tenía que ser de él.

Hizo una respiración lenta, diciéndose que ya no tenía dieciséis años, la dama podía ser una arpía o podría encontrarlo tan alarmante como lo encontraban la mayoría de las mujeres. Uno se puede comprar un caballo deseable, pero las mujeres son más difíciles.

—Si fue la esposa de Brecon tiene que ser de una familia de custodios, ¿verdad?

—Sí, es una Owens. No tiene ningún poder de qué alardear, pero se crió en la biblioteca de Harlowe y es una extraordinaria estudiosa de las tradiciones de los custodios. Desde que murió su marido vive aquí en Richmond con lady Bethany. —Simon sonrió de oreja a oreja—. Cuesta creer que sean cuñadas. La condesa viuda parece la nieta de lady Bethany.

Si la dama era una estudiosa no se le notaba. Desde su pelo empolvado a sus delicados zapatos, era un bombón, exquisitamente diseñada para adornar los más elevados círculos sociales.

Volvió a retumbar un trueno, esta vez más cerca. Duncan entrecerró los ojos. La franqueza estaba fuera de lugar en el Londres aristocrático, pero era la única manera que conocía:

—Preséntame a la dama, Simon, para poder enterarme de si es tan perfecta como parece.

Gwynne sonrió cuando sir Anselm White terminó de recitarle su soneto horrorosamente malo. Aunque el hombre tenía el corazón en el lugar correcto, sus versos iban a leguas en la dirección equivocada.

—Me halaga, sir Anselm. Mis ojos son castaño claros, no «zafiros más azules que el cielo de verano».

Él enfocó su lánguida mirada y le miró detenidamente el color de los ojos.

—¡Monedas de oro que brillan más que el sol!

Ella supuso que una metáfora le había caído en la cabeza al pobre cuando era bebé y nunca logró recuperarse. Dado que una pequeña parte del poema de sir Anselm duraba muchísimo, la alegró oír decir a Bethany:

—Lord Falconer, qué alegría volver a verte.

Dirigiéndole una última sonrisa a sir Anselm, Gwynne se volvió a saludar afectuosamente al recién llegado:

—¡Simon, mi petimetre favorito! —Le tendió la mano—. Me has tenido olvidada, bribón.

Uno de los hombres más guapos de Londres, Falconer siempre era digno de admiración. Ese día llevaba el pelo rubio recogido en la nuca con una cinta azul del mismo tono de su chaqueta de brocado, las dos prendas del color azul oscuro exacto de sus ojos. Ese chaleco plateado bordado merecía mucho más los sonetos que cualquier parte del cuerpo de ella. Simon podía darle clases en lánguida elegancia a sir Anselm, y debajo de esa elegancia era una brillante espada envainada en seda.

—¿Petimetre? —repitió él con un suspiro teatral—. Me hieres, milady. —Se inclinó sobre su mano con elegancia consumada, sin parecer en absoluto herido—. Permíteme que te presente a mi amigo lord Ballister. Me imagino que habrás oído hablar de él, pero ha pasado un buen tiempo viajando y dice que no ha tenido la oportunidad de conocerte.

Todos los custodios habían oído hablar de lord Ballister. Jefe del clan Macrae de Dunrath, entre las familias se lo conocía como al mejor mago meteórico de Gran Bretaña. Había quienes decían que era mejor aún que su antepasado Adam Macrae, el que conjuró la terrible tempestad que destruyera la Invencible Armada española.

Él estaba a contraluz, con el sol detrás, de modo que ella veía muy poco de él aparte del contorno de su imponente y poderosa figura.

—Es un placer conocerle, lord Ballister.

—El placer es mío —dijo él, inclinándose.

Una nube tapó el sol cuando él se enderezó, permitiéndole a ella verle claramente la cara. Su tormentosa mirada gris la golpeó como un rayo. «El destino». Esas palabras resonaron en su mente, junto con una mareadora sensación de que el mundo había cambiado irrevocablemente.

Se reprendió esa excesiva imaginación. El mundo estaba exactamente igual a como estaba antes. La hierba seguía verde, Bethany estaba serena y Falconer seguía siendo el exquisito ser de siempre. En cuanto a Ballister, se veía bastante normal. Aunque su altura y sus anchos hombros atraían la atención, su cara de rasgos angulosos no se podía calificar de hermosa, y su chaqueta azul marino y chaleco color tostado eran muy sencillos para lo que se consideraba elegante en la aristocracia londinense.

Eso sí, sus intensos ojos grises eran extraordinarios. Le vino a la memoria una conferencia sobre historia natural a la que asistió una vez; el conferenciante dijo que la electricidad era una fuerza salvaje, misteriosa, que no se podía controlar y nadie entendía. Sin duda había electricidad en los ojos de Ballister, como también en el aire que parecía agitarse entre él y ella. Al parecer había pasado demasiado tiempo escuchando a sir Anselm, sus metáforas eran contagiosas.

—¿Así que ha estado en el Continente, lord Ballister? —preguntó amablemente.

—Sólo llegué ayer a Londres. Esta mañana Falconer me sacó de la cama jurando que a lady Bethany no le molestaría si venía sin ser invitado.

—Este muchacho se habría visto en serias dificultades si no te hubiera traído —dijo lady Bethany severamente—. ¿Vas a estar un tiempo en Londres, Ballister?

—Sí, aunque estoy impaciente por volver a Escocia. —Pasado un momento de vacilación, continuó—: Conocí al difunto lord Brecon. En conocimientos, sabiduría y caballerosidad era un ejemplo para todos. A pesar del tiempo transcurrido, espero que las dos aceptaréis mi más sentido pésame por vuestra pérdida.

Mientras lady Bethany musitaba sus gracias, Gwynne tragó saliva, inesperadamente conmovida por su compasión.

—Agradezco sus amables palabras. Fui muy afortunada por compartir los últimos años de mi señor.

Ballister inclinó la cabeza en respetuoso asentimiento y añadió:

—Lady Bethany, ¿me permite que le robe a su hermosa acompañante para que me enseñe los jardines?

—Sí, haz el favor —repuso lady Bethany, con expresión pensativa—. Eso me dejará libre para coquetear descaradamente con Falconer. Gwynne, no olvides enseñarle el parterre a Ballister.

Contenta por la oportunidad de conversar más con el escocés, ella se cogió de su brazo. Aunque era alta, él la hacía sentirse pequeña y frágil.

El parterre estaba bastante abajo en la colina, cerca del río. Mientras atravesaban el parque de aterciopelado césped, él le dijo:

—Tengo entendido que vive aquí con lady Bethany.

—Sí, ella me invitó a vivir aquí después de la muerte de Brecon.

—¿Le resultaba muy difícil continuar en Harlowe?

Sorprendida por su comprensión, ella lo miró, y nuevamente se sintió atrapada en sus ojos. El color gris era mudable, y en ese momento parecía más cálido que intenso.

—Sí, aunque no debido al nuevo conde y su esposa. Tengo el uso de la casa de la viuda siempre que deseo estar en Harlowe, pero tanto lady Bethany como yo necesitábamos compañía, así que fue un placer para mí aceptar su ofrecimiento.

A pesar de sus diferencias en edad, las dos habían quedado viudas a la vez. Eso intensificó el vínculo ya existente.

Cuando entraron en el parterre, un complicado cuadro formado por arbustos muy bien recortados, Ballister se detuvo y contempló la figura con los ojos entornados.

—Esto no es puramente decorativo, ¿verdad? Esta figura está pensada para intensificar el poder.

Automáticamente Gwynne miró hacia los lados para comprobar que no hubiera nadie cerca que pudiera oír. Las familias de custodios habían sobrevivido a lo largo de los siglos procurando no atraer la atención hacia sus capacidades. Ser diferente era peligroso. Una de las primeras cosas que aprendían los niños custodios era a guardar secretos; jamás debían hablar del poder delante de ajenos

a las familias. Pero Ballister había sido bien formado y no había nadie cerca.

—Sí, hay un lugar de poder aquí. Por eso lady Bethany y su marido compraron esta propiedad. El círculo del centro del parterre se puede usar para rituales.

—Siento cómo tira de mí la energía. ¿La siente?

Ella sabía a qué se refería la pregunta.

—No tengo verdadero poder. Percibo un poco la atmósfera, la energía y las emociones, pero no más que cualquier persona corriente sensible. —Ni siquiera los felices años de matrimonio ni la aceptación en la comunidad de los custodios habían eliminado su triste pesar por lo que le faltaba—. ¿Y usted, lord Ballister? Le llaman el Señor del Trueno, el Señor de las Tormentas. ¿Se manifestó pronto su poder?

—No, sólo cuando ya estaba a punto de ser hombre, pero siempre me encantaron los fenómenos atmosféricos, cuanto más espectaculares, mejor. Cuando aún estaba aprendiendo a andar, mi madre me encontró en lo alto de la torre del castillo en medio de una tempestad, con los brazos levantados hacia el cielo, aullando de alegría. —Sonrió, evocador—. Entonces descubrí que la furia de mi madre era otro tipo de tempestad.

Gwynne se echó a reír.

—Puesto que es un Macrae, supongo que sus padres comprendieron muy pronto que era un mago meteórico.

—Sí, viene de familia, ¿y qué lugar mejor para aprender que Escocia, donde el tiempo cambia cada cinco minutos con o sin la intervención de un mago? —Sonrió irónico—. Nadie notó jamás ni mis éxitos ni mis fracasos cuando estaba aprendiendo.

—¿Se deberá entonces al clima escocés que los mejores trabajadores de los fenómenos atmosféricos sean siempre Macrae?

—Es posible. Puede que haya algo en el aire de Dunrath que favorece ese tipo de magia. —Arrugó la nariz—. También favorece nuestras debilidades. Cuanto más potente es la magia para esos fenómenos, más nos debilita el contacto con el hierro, y es una condenada molestia. La mayoría de las armas de nuestra armería tienen empuñaduras de madera o de bronce.

—Algo he leído acerca de la conexión entre el trabajo con meteoros y la sensibilidad al hierro. ¿El hierro produce una debilidad general o simplemente bloquea el poder?

—Varía —respondió él. Para cambiar de tema, comentó—: Falconer me dijo que es usted una experta en la historia y las tradiciones de los custodios.

—Puesto que mi padre era el bibliotecario de Harlowe, de pequeña aprendí a catalogar y leer los archivos y a escribir ensayos sobre hechos y correlaciones misteriosos. —Sonrió irónica—. Lo sé todo acerca del poder a excepción de lo que es tenerlo.

—El conocimiento es tan importante como el poder —dijo él muy serio—. Es el conocimiento de la historia y de nuestros errores lo que nos da la sabiduría que tenemos. El trabajo de custodios eruditos como usted es el marco que nos sirve para cumplir nuestros juramentos.

—Qué manera tan bonita de considerar mi trabajo. ¿Viaja mucho, lord Ballister? —preguntó, curiosa por saber de él—. Me pareció entender que ha estado mucho tiempo lejos de Escocia.

Habían llegado a la orilla, al lugar donde un corto embarcadero se adentraba en el Támesis.

—Demasiado —repuso él—. Hace unos años el Consejo me pidió que actuara de enviado especial visitando a las familias que viven en otros países. Mi viaje fue esencial e interesante, pero he echado mucho de menos mi tierra.

El Consejo de los Custodios estaba formado por los magos más sabios y poderosos de Gran Bretaña. Lady Bethany era la jefa actual, la primera entre iguales. Sus sugerencias no se rechazaban a la ligera.

—¿Experimentó con los meteoros de los otros países para pensar el estar tan lejos de Dunrath?

—Los principios básicos del viento, las nubes y la lluvia son los mismos en todas partes, pero las formas, ritmos y matices son diferentes. Los vientos cantan con voces diferentes. Me gustaría enseñarle las brisas de Italia, milady —añadió con la voz más ronca—. Cálidas, sensuales, suaves como el suspiro de un amante.

Una ráfaga de viento los golpeó, agitándole las faldas a ella. Ella había aprendido mucho acerca del coqueteo, porque muchos hom-

bres se mostraban galantes con la esposa joven de un conde viejo. Sabía ver cuándo el coqueteo era un alegre juego y cuándo un hombre tenía intenciones más serias.

Lord Ballister hablaba con una seriedad alarmante.

Le soltó el brazo con el pretexto de arreglarse la caída de la falda.

—Había esperado que mi marido y yo viajáramos, pero su salud no lo permitió.

—Imagínese en París, en Roma o Atenas, lady Brecon, y tal vez eso le sirva para hacer realidad su visión.

La estaba mirando como mira un festín un hombre hambriento. ¿Quién habría pensado que ser devorada pudiera ser una perspectiva tan interesante?

Sopló otra ráfaga de viento y a él se le soltaron unas guedejas de pelo negro de la cinta que lo sujetaba. Gwynne sintió el impulso de echarle hacia atrás esas guedejas. Sería agradable sentir la textura de esa mejilla fuerte, bronceada...

Repentinamente cayó en la cuenta de que la electricidad que sentía vibrar entre ellos era deseo. Había amado profundamente a su marido y era lo bastante mujer para apreciar a un hombre guapo, pero esa urgente avidez era totalmente diferente, y en absoluto agradable.

Un chorro de lluvia le golpeó la cara y le mojó el vestido. Desviando la vista de los ojos de él, vio que una nube de tormenta se cernía baja sobre el río y el primer chaparrón de lluvia se definía claramente como la muralla de un edificio.

Se recogió las faldas, lista para echar a correr en busca de techo.

—¿De dónde ha venido esto? Lady Bethany dijo que el tiempo sería bueno toda la tarde.

—¡Condenación! —exclamó él, mirando hacia el cielo, la lluvia cayendo sobre su cara—. Lo siento, milady. No estaba prestando atención a nuestro entorno.

Ella casi se echó a reír al comprender que el Señor de las Tormentas no se había fijado en el cambio del tiempo. Los invitados que estaban arriba habían visto aproximarse la lluvia y algunos iban corriendo en busca de techo mientras otros se apretujaban dentro del mirador, y los criados empezaban a cubrir la comida.

—Yo tampoco —dijo—, y mi vestido pagará el precio de mi descuido.

—No se marche —dijo él levantando la mano en gesto autoritario.

A punto de echar a correr, ella vaciló cuando sus ojos se encontraron con los de él. A pesar de su pelo y ropa mojados, su concentración irradiaba como el calor de una fogata.

Se le quedó atascado el aire en la garganta al ver que la nube de tormenta se dividía y ambos lados se separaban alejándose del jardín. A los pocos segundos paró la lluvia. Sorprendida vio disiparse las nubes. Reapareció el sol y por un momento brilló un arco iris sobre la cabeza de Ballister. Tuvo que ahogar una exclamación. Ese era el Señor de las Tormentas, efectivamente.

El arco iris se desvaneció, aun más efímero que la tormenta. Sobre la colina, los invitados se rieron y dejaron de correr a buscar refugio, listos para reanudar la fiesta.

Ballister se limpió el agua de la cara.

—El tiempo aquí no es tan variable como en Escocia, pero es lo bastante imprevisible para que un poco de lluvia no llame mucho la atención.

Lo dijo en tono demasiado despreocupado. Dando un salto intuitivo, ella añadió:

—No se le pasó por alto esa tormenta. Usted la causó, ¿verdad? Él pareció azorado.

—Si me descuido, puedo atraer mal tiempo cuando mi atención está ocupada en otra cosa.

Divertida, ella se echó atrás los mechones que el viento y la lluvia le habían soltado del bien recogido peinado.

—¿Qué podría ser tan interesante en una fiesta en el jardín como para que atraiga una tormentita tan fuerte?

A él se le oscurecieron los ojos. La fuerza total de esos ojos era... peligrosa. Podían hacer a una mujer olvidarse de sí misma y abandonar todo el sentido común.

—Usted, por supuesto. Hay poder entre nosotros. Usted también lo siente, lo sé. —Le tocó el pelo en el lugar donde se veían unas pocas guedejas brillantes a través del polvo—. ¿Cuál es el color natural de su pelo? —le preguntó en un susurro.

Ella sintió dificultad para respirar, como si tuviera demasiado ceñido el corsé. La sensación era tan amedrentadora como la potente masculinidad de él. Como viuda y custodio, ella tenía más independencia que la mayoría de las mujeres y le había tomado gusto. Sin contestar la pregunta le dijo:

—Me parece que poder no es sino otro nombre para la lujuria, lord Ballister. —Intencionadamente le dio la espalda, rompiendo el hechizo que le producían sus ojos—. He disfrutado hablando con usted, pero no tengo el menor deseo de una aventura romántica. Buenas tardes, señor. Es hora de que entre en casa a ponerme ropa seca.

Él le cogió la muñeca, y un hormiguelo de electricidad le recorrió la piel.

—¡Espere!

Una parte de ella deseó volverse, pero la parte que deseaba escapar fue más fuerte. Se soltó la muñeca y echó a correr, subiendo a toda velocidad la colina, deseando que él no la siguiera.

Él no la siguió. Cuando ya estaba cerca de la casa, se volvió a mirar y vio que él continuaba en el embarcadero, su cavilosa mirada fija en ella. Entonces tuvo un momento de absoluta certeza de que él no había salido de su vida.

Con la expresión resuelta, entró en la casa y subió la escalera hacia sus aposentos. Estando ya alejada de él le resultó difícil recordar por qué lo encontraba tan inquietante. Él no se había comportado de modo incorrecto. Fue su potente «ser» el que la hizo correr en busca de seguridad.

Cuando entró en su dormitorio, se detuvo en seco al ver su imagen reflejada en el espejo de cuerpo entero. Durante los años de su matrimonio se había convertido en una dama digna de su marido: recatada y discreta, a la vez que tan bien vestida como debía vestir una condesa. Emery se enorgullecía de su apariencia tanto como disfrutaba de su compañía y del gusto común por los libros.

Pero la mujer que veía en el espejo ya no era la recatada esposa y viuda. Tenía los ojos brillantes, las mejillas sonrosadas y el vestido mojado pegado seductoramente al cuerpo.

Se tocó el mechón de pelo mojado que le caía sobre el hombro, detestando la pomada que debía ponerse para que se le mantuvieran

los polvos. Jamás le había gustado empolvarse el pelo, pero comenzó a hacerlo después de casarse porque el color natural de su cabello era demasiado chillón, vulgar, para una condesa. El pelo empolvado la hacía verse más refinada y madura. Más adecuada para ser la esposa de su marido.

La sola presencia de Ballister ponía color en su vida. Era un hombre magnético, interesante, y la miraba como si ella fuera la mujer más hermosa jamás nacida. Su admiración había sido excitante, pero...

Athena saltó de la cama y corrió a frotarse sugerente contra su tobillo. Se agachó a coger en brazos a la vieja gata y la acunó contra su pecho, rascándole los peludos cuello y vientre.

—Athena, acabo de conocer a un hombre que me hace sentir como un ratón perseguido por un gato. Y no un gato dulce y amistoso como tú.

Más bien un tigre.

Entró en su sala de estar, donde esperaban su atención unos diez o más libros. Había más libros en esa sola sala que en algunas casas señoriales. Sobre su escritorio tenía el diario de una maga de la época isabelina, un tratado en latín sobre ensalmos escrito por una hechicera flamenca, y un manual de herbolario quemado en parte que estaba tratando de reconstruir. Todos sus trabajos requerían lentitud, laborioso esmero. Era difícil imaginarse su trabajo en el mismo aliento con Ballister.

Había sentido la pasión ardiendo en él y, como una polilla, se sentía atraída a la llama. Pero su fuego tenía el poder de destruir la vida tranquila y ordenada que a ella le encantaba. Una viuda podía tener romances si era discreta, pero un romance con Ballister la cambiaría de maneras que ni siquiera podía imaginar. Debía mantenerlo a distancia. Él pronto regresaría a Escocia y se llevaría sus tormentas consigo.

Sin embargo, cuando tiró del cordón para llamar a su doncella, creyó oír nuevamente las palabras susurradas: «El destino...».